

en Malaca de todas las naciones del extremo Oriente, y la corrupción de costumbres que entonces como ahora acompañaba á las grandes aglomeraciones, exigían, en verdad, todo el celo de un Javier. Entre otras cosas buenas que allí consiguió, una fué el abolir la fea costumbre de que muchachas crecidas anduviesen por las calles vestidas de hombres (1).

7. Á principios de Enero de 1546 emprendió el viaje á las islas Malucas, misión gloriosa en que gastó año y medio, esto es, todo el 46 y la primera mitad del 47. Empezando por la isla de Amboino, fué recorriendo una por una todas las que estaban sujetas á los portugueses, hasta llegar á las islas del Moro, cuyo acceso le procuraron estorbar los habitantes de las Malucas, temiendo por la vida del santo (2). Éste, sin embargo, despreciando todos los peligros, metióse en aquellas islas, y en tres meses que anduvo por allá, formó una cristiandad numerosa. En medio de las correrías que iba haciendo entre aquellas islas, interrumpió sus tareas apostólicas un trabajo imprevisto. Habían concurrido en Amboino una armada portuguesa y otra española, que, saliendo de Nueva España, se dirigía hacia el Occidente en busca de nuevas conquistas. Estando allí las dos armadas, sobrevino una peste horrorosa que diezmaba los soldados. Nuestro misionero, con aquel ímpetu de caridad que incesantemente le urgía, consagróse á la asistencia de los dolientes. Hizo prodigios de celo y abnegación para mejorar el estado de los enfermos, y principalmente para que todos limpiasen con la confesión sus conciencias, más inficionadas con pecados que los cuerpos con la peste (3).

Dejó Dios un gran consuelo á Javier en esta misión, pues en la armada española venía un sacerdote seglar, nacido en Sevilla, llamado Cosme de Torres, que poco después había de ser glorioso compa-

(1) *Process. S. Franc. Xav. Pars. II, test. Juana de Melo.*

(2) En esta correría apostólica, hecha por las Malucas y por otras muchas islas de la Oceanía, es probable que San Francisco Javier desembarcó en Mindanao y fué el primer apóstol de las Filipinas. El hecho lo afirman varios autores del siglo XVII, y lo trae la bula de canonización, en la cual, enumerándose las naciones á quienes nuestro santo predicó el Evangelio, se dice así: «*Ipsa primus Paravis, Malais, Jais, Acenis, Mindanais, Malacensibus et Japonibus Evangelium Christi annuntiaverat.*» *Institutum S. J.*, t. 1, p. 159. Hasta ahora, sin embargo, no he visto una prueba concluyente que demuestre haber sido Javier el primer apóstol de Filipinas. Para conocer sus expediciones en estos años, 1546 y 47, véanse sus cartas en *Monumenta Xaveriana*, t. 1, desde la pág. 396 en adelante.

(3) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 415.

ñero y sucesor de nuestro apóstol en las islas del Japón (1). Prendado de las virtudes y trato de Javier, concibió Torres el deseo de entrar en la Compañía, y aunque padeció algunas dudas á los principios, resolvióse por fin el año siguiente, cuando en compañía del santo llegó á la ciudad de Goa.

Por Julio de 1547 estaba Javier de vuelta en Malaca. Aquí encontró á los PP. Beira y Rivero y al H. Nicolás, enviados de Portugal para trabajar en las misiones (2). Detúvolos el santo un mes en su compañía, y bien instruídos los envió á las Malucas. Á otros cuatro que con éstos habían venido de Portugal, mandó que se quedaran en las misiones de la Pesquería. Cuatro meses se detuvo esta vez en Malaca, en los cuales, fuera del bien inmenso que siempre lograba con sus trabajos apostólicos, alcanzó con sus oraciones aquella victoria insigne que los portugueses reportaron de los Acenos ó Achemitas, pueblo situado al Norte de Sumatra, que había hecho una irrupción en Malaca y amenazaba destruir el dominio de Portugal en aquellas regiones (3).

Á fines de 1547, cuando el santo se disponía á partirse de Malaca para Goa, vino á buscarle un japonés llamado Angero, hombre verdaderamente singular, y traído providencialmente por Dios al lado de Javier, para abrir á éste el camino de la más ilustre misión que se ha hecho en los tiempos modernos. Este hombre, habiendo cometido un asesinato, se refugió como en sagrado en una nave portuguesa. Tratando allí con los mercaderes portugueses, aprendió medianamente la lengua de ellos y entró en deseos de ser cristiano. Los

(1) Otros hacen á este Padre natural de Valencia. No he descubierto ningún documento que precise este punto. Lo que sabemos sobre la vida anterior de este ilustre misionero se reduce á lo que él mismo escribió en 1549 á los Padres de la Compañía en Europa. En esta carta dice: «En el año de 1538 me partí de Sevilla.» De aquí probablemente habrán sacado los historiadores el hacer á este Padre sevillano. Véase entera la carta en el tomo impreso en Alcalá el año 1575 con este título: *Cartas que los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los reinos del Japón, escribieron á los de la misma Compañía desde el año 1549 hasta el de 1571.* folio 34.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 431.

(3) *Ibid.* En esta carta habla el santo de sus ministerios espirituales en Malaca, pero ni una palabra dice de la famosa expedición contra los acenos, ni de sus propias profecías, callando, según costumbre, todo lo que pudiera ser honroso para él. En cambio, en los procesos para su canonización hay testimonios á docenas sobre este hecho. Recórranse los procesos de los años 1556 y 57, y se verá que apenas hay testigo que no recuerde de un modo ó de otro esta gloriosa expedición y las insignes profecías de Javier que la acompañaron.



mercaderes le aconsejaron que se viniese con ellos á Malaca, donde podría tratar con el P. Francisco, y ser instruído por un hombre tan santo y experimentado (1). Siguió el consejo el japonés, y después de no pocos trabajos dió por fin con Javier en Malaca, ocho días antes de que éste se embarcase para Goa. Sorprendido quedó el misionero al ver á un gentil que venía á buscarle desde tan lejos por un motivo tan inusitado. Examinóle cuidadosamente y le halló muy bien dispuesto para recibir la fe. Cuando por las informaciones de este Angero y de otros mercaderes portugueses tuvo noticia nuestro santo del pueblo japonés, formó el designio de penetrar en aquel país para difundir en él la luz del Evangelio (2).

8. Salió, pues, de Malaca seguido del buen Angero, que iba en compañía de otros portugueses, y el 20 de Marzo de 1548 entró en Goa. Arreglados allí algunos negocios domésticos, determinó resueltamente pasar á Japón. Catequizó y bautizó al japonés, á quien puso el nombre de Pablo de Santa Fe; admitió en la Compañía al P. Cosme de Torres, y en un año largo que pasó entre Goa y Cochín, fué disponiendo las cosas de modo que pudiera ausentarse por algún tiempo de la India. Una docena de operarios que recibió de Europa y algunos más admitidos religiosos en el país, podían continuar las misiones que él había abierto. Repartiólos, pues, en las regiones de la India y Oceanía donde él había estado, excepto el P. Gaspar Barceo, á quien encomendó la misión nueva de Ormuz; nombró por superior de la India durante su ausencia al P. Pablo Camerte, y él, según costumbre, lanzóse adelante en busca de nuevas conquistas, siempre invencible, siempre infatigable. Llevaba por compañeros á otros dos españoles, el P. Cosme de Torres, de quien hemos hablado poco ha, y el H. Juan Fernández, coadjutor, natural de Córdoba, que acababa

(1) El P. Ribadeneira (*Vida de San Ignacio*, l. IV, c. VII) dice que Angero buscó á Javier para sosegar los remordimientos de conciencia que sentía por algunos pecados de su juventud, y á esto añade algunas reflexiones muy piadosas y santas. De él han copiado el hecho y las reflexiones otros historiadores. Pero los PP. Texeira y Valignano, que estaban en la India, al escribir por orden de nuestros superiores las censuras sobre ese capítulo de la *Vida de San Ignacio*, dieron otra explicación de este hecho, asegurando que la causa de venir Angero no fueron los remordimientos, sino el deseo de librarse de la justicia. Véase el hecho en *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 82, y las censuras en el Archivo de Estado en Roma, *Censurae librorum*, t. I, folios 20 y 22.

(2) Véanse las noticias sobre Angero en la carta que escribió el santo desde Cochín el 20 de Enero de 1548. (*Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 433.)

de llegar á las Indias (1). Con él iba también, como es de suponer, el japonés convertido Pablo de Santa Fe.

Salieron de Goa por Abril de 1549, y haciendo una ligera detención en Cochín y en Malaca, saltaron en tierra del Japón el día de la Asunción de Nuestra Señora, 15 de Agosto de 1549 (2). Este día puede llamarse el principio feliz de aquella misión, la más floreciente y admirable que se ha visto en la Iglesia desde las antiguas conversiones de los pueblos europeos. El puerto en que tomó tierra era Cangoxima, ciudad del reino de Saxuma. Antes de empezar su predicación, prevínose Javier, como solía, con extraordinaria oración y penitencia, y más en este caso que otras veces, por las mayores dificultades que presentaba la nueva misión. Sabido es, y lo advertiremos luego, que Dios concedía muy á menudo á nuestro santo el don de lenguas, profecía, milagros y cuantas gracias había derramado sobre los Apóstoles; pero así como á San Pablo en medio de tantas gracias, le enviaba el Señor tribulaciones que le hacían sentir la debilidad de su naturaleza, así de vez en cuando suspendía el torrente de favores en Javier, y se veía éste obligado á trabajar con sus fuerzas naturales, como cualquiera otro hombre vulgar.

Así sucedió ahora. Cerca de un año estuvo en Cangoxima estudiando los usos y costumbres del Japón y lidiando como otro cualquiera por aprender la lengua del país. Por medio de Pablo de Santa Fe pudo alcanzar del rey de Saxuma licencia para predicar la ley de Dios, y además visitó algunas casas de bonzos, ó sacerdotes idólatras, para ganarles la voluntad. Al mismo tiempo, con el concurso también de

(1) No indican las cartas de nuestros Padres la patria de este célebre Hermano coadjutor. En el catálogo de los jesuitas que pasaron á las Indias, publicado recientemente por el Sr. Cámara Manoel (*Missões dos jesuitas no Oriente*, p. 131), se dice tan sólo que era castellano. El pueblo preciso de este Hermano nos lo da el célebre cronista Ambrosio de Morales, que dice así: «Nació este grande Hermano, y uno de los apóstoles de la India oriental y Japón, en la ciudad de Córdoba, de gente muy honrada y rica, como es notorio, y hoy viven sobrinos suyos en esta ciudad. Teníanle sus padres en Lisboa para la correspondencia del trato de mercancía en que se ejercitaban.» Refiere luego Morales cómo, oyendo predicar en Lisboa á San Francisco Javier, se sintió movido el H. Juan Fernández á entrar en la Compañía, y habiéndolo efectuado después, pasó á las Indias y trabajó gloriosamente en la conversión de los infieles. Cinco folios dedica el discreto cronista á celebrar las virtudes del Hermano. Como nadie estaba más enterado que Morales acerca de las cosas de Córdoba, donde vivía por aquel mismo tiempo, merecen crédito las noticias que nos da sobre este punto. Vide *Historia manuscrita de Córdoba*, t. II, f. 515. Guárdase esta obra en el Archivo municipal de Córdoba.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 579.



Pablo, tradujo en japonés un breve tratado de la doctrina cristiana. Pero ¡cuántas dificultades no hubo de vencer en esta faena! «Como Pablo no era hombre letrado, dice el P. Valignano, aunque hacía lo que podía para trasladar nuestra doctrina en japon, se hacía todo tan mal, que era cosa de escarnio y risa para los japoneses; porque ni se exprimía bien la verdad de lo que el Padre decía, ni se escribía de manera que sin reír se pudiese leer entre sus letrados» (1). Con todo eso, faltándole otros medios humanos, resolvió Javier probar fortuna y predicar el Evangelio como pudiese. Cuando llegó á balbucear el japonés compuso un sermonecito, y habiéndoselo aprendido de memoria, lanzóse á la calle. Donde veía alguna gente hacía señas para que le viniesen á oír, y en habiendo reunido un buen grupo, predicaba su sermón ó leía un párrafo de su libro. Era diversa la impresión que causaba en los oyentes; en muchos de extrañeza, al ver á un extranjero hablando de aquel modo y de cosas que se les hacían tan nuevas; en otros de risa, por notar, sin duda, los defectos del habla, y tal vez se retiraban muchos del sermón remedando con muecas ridículas el gesto y actitud del predicador (2).

¡Cuán sublime aparece Javier haciéndose de buen grado el ludibrio de las gentes á trueque de ganar alguna alma para Cristo! ¡Qué bien coincidía en esto, como en todo, con su Padre y modelo Ignacio, y cómo premiaba Dios á entrambos con el mismo feliz suceso en sus empresas! Ignacio, predicando en pésimo italiano, convertía en Roma á los pecadores más endurecidos (3), y Javier, estropeando el japonés, había de ilustrar á muchísimos gentiles. Porque, en efecto, no se hizo esperar el favor sobrenatural de Dios, á quien, sin duda, debió enternecer la humildad y celo de su apóstol. Una serie de prodigios estupendos ejecutados por mano de Javier, y sobre todo la resurrección de un muerto (4), asombró á toda la ciudad, y en pocos días más de cien gentiles abrazaron la fe de Jesucristo. Alborotáronse con esto los bonzos idólatras, como era de suponer, y enviando una comisión al monarca, le rogaron que desterrase de su estado al vil extranjero que se atrevía á destruir la religión del país. Esta oposición de los bonzos, y la casualidad de que aquel año no llegase á Cangoxima un navío mercante de los portugueses que se esperaba, irritaron al rey contra el misionero, y en el verano de 1550 le desterró de sus esta-

(1) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 119.—(2) *Ibid.*, p. 120.—(3) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, l. III, c. 11.

(4) *Process. S. Franc. Jav. Pars. II. Coccini test. Dominico Caldeira.*

dos de Saxuma (1). Salió Javier con sus compañeros de Cangoxima y se internó valerosamente en el Japón en busca de nuevas gentes y de mayores peligros. Dirigióse á Firando, y en el camino predicó la fe en el castillo de Echandono, convirtiendo á diez y siete personas. En Firando le acreditaron mucho ante el pueblo los portugueses que allí comerciaban, los cuales le recibieron con salvas de artillería. Salieron él y sus dos compañeros á predicar por las calles, y en veinte días recogieron más fruto que en Cangoxima en todo el año (2).

Informado el santo misionero de la extensión de aquellos países y de las grandes poblaciones que había en el Japón, determinó explorar el terreno y hacer una correría hasta Meaco, ciudad entonces la más ilustre de aquel imperio, para tantear siquiera la disposición de los ánimos. Dejó en Firando al P. Cosme de Torres, y tomando al Hermano Juan Fernández, dirigióse primero á Amanguchi, donde esparció la semilla evangélica. Mal correspondió aquel campo á los sudores de Javier, pues aunque trabajó con todo el poder de su ardiente celo durante dos meses, apenas logró por entonces ninguna conversión. Sin embargo, así el rey de Amanguchi, como los bonzos y personas principales, no pudieron excusarse de admirar á un hombre que, burlado por la plebe, insultado por sus enemigos y amenazado tal vez con la muerte, seguía imperturbable predicando su doctrina y reprendiendo sin temor los vicios del pueblo. No se ocultó á Javier esta buena impresión producida por sus sermones (3).

Iba á dar el último avance, llegando hasta Meaco, centro entonces de todo el movimiento religioso y social del Japón. Pero ¿cómo llegar allá? Eran los últimos días de Octubre de 1550; acercábase el invierno, frigidísimo en aquellas regiones; no había logrado ningún amigo en Amanguchi; dinero no lo tenía, pues cuanto le habían dado los portugueses lo había gastado con los neófitos en obras de caridad; andaba remendado y descalzo. Con todo eso, adelante. Puesta en Dios la confianza, echó á andar hacia Meaco con el H. Juan Fernández. Como era natural, perdiéronse varias veces por aquellos campos. Para evitar este inconveniente y caminar más seguro, tomó Javier este arbitrio. Habiendo tropezado con tres hombres á caballo

(1) El P. Valignano da sólo esta segunda razón del destierro de Javier, pues, según costumbre, omite todos los milagros, remitiéndose sobre éstos á los procesos. Véase *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 122, y léase además la pág. 198 para entender la omisión de hechos milagrosos que se nota en esta biografía, la más antigua que tenemos de San Francisco Javier.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 660.—(3) *Ibid.*, p. 682.



que iban á Meaco, se ofreció por criado de uno de ellos; tomó una maleta que el hombre llevaba, y echándosela áuestas, siguió á su nuevo amo. ¿Cómo había de seguir á pie y descalzo, con la maleta al hombro, á quien caminaba á caballo? Así fué que, llegando á la ciudad de Sacai, hubo de hacer alto, pues se sintió enfermo, con las piernas hinchadas y los pies chorreando sangre (1).

Restablecido al cabo de algunos días, anduvo descansadamente el breve y trillado trayecto de Sacai á Meaco. Á mala hora llegó. Ardía en guerras civiles aquel país, y no estaban los ánimos dispuestos para oír la buena nueva. Quiso Francisco obtener una audiencia del rey, pero todas las puertas se le cerraron con desprecio. Salió á predicar por las calles, y nadie le hizo caso, porque el estruendo de las armas tenía preocupadas á las gentes. Convencióse el misionero de que no había sonado la hora de las misericordias divinas para aquella ciudad, y al cabo de algunos días la abandonó, tomando el camino de Firando (2). Reunido allí con el P. Cosme de Torres, determinó probar fortuna otra vez en Amanguchi. No le engañó su esperanza. Ya con sus discursos, ya principalmente con algunos insignes milagros, conmovió los corazones de aquel pueblo, y en poco tiempo convirtió más de quinientas personas (3).

Dejando esta cristiandad á cargo del P. Torres, partió él para el reino de Bungo. En Funay, puerto principal, estaba fondeada una nave de mercaderes portugueses, los cuales le prepararon magnífica

(1) San Francisco Javier, en su carta citada anteriormente (p. 661), omite la relación de todos estos trabajos; pero el santo silencio del misionero debe suplirse con lo que nos cuenta el P. Cosme de Torres en la carta que escribió á la India el 29 de Setiembre de 1551. (*Cartas de los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús que andan en Japón*, f. 48.) Después de referir lo que ponemos en el texto, exclama el P. Torres: «Vean qué principios ha puesto en esta tierra el P. Maestro Francisco, el cual á los que le seguimos anima más con obras que con palabras; y así, por más que trabajemos, quedamos avergonzados en comparación de sus trabajos.» Véase también en la misma obra, f. 78, lo que escribe el P. Melchor Núñez en 1558.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 661.

(3) *Ibid.*, p. 664. Acerca de esta carta del santo, tan preciosa para conocer la serie de sus misiones en el Japón, séame permitido observar que la fecha 20 de Noviembre de 1550, que se le ha puesto en la impresión del *Monumenta Xaveriana*, parece inexacta. Esta fecha, que no aparece en la copia más antigua de la carta (el original se ha perdido), se toma de la edición moderna de Cutillas. Ahora bien: por el P. Cosme de Torres, en la carta citada, sabemos que el santo salió de Firando para Meaco al fin de Octubre. (Cf. *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 127.) Era imposible que estuviese de vuelta en Cangoxima el 20 de Noviembre. El mismo Javier (*ibid.*) dice que gastó en esta expedición dos meses. Parece, pues, necesario suponer que el Noviembre de la fecha es Diciembre.

recepción, y dispararon toda su artillería cuando él entró en la nave. El rey de Bungo, que entonces se hallaba en Funay, preguntó la causa de aquellas demostraciones, y cuando oyó las maravillas que se contaban de San Francisco Javier, sintió deseos de conocerle. Juzgando los portugueses que la suma pobreza del misionero pre-disponía, al pronto, los ánimos de los japoneses contra él, resolvieron presentarle en la primera audiencia con mucho aparato y esplendidez. Aunque no sin repugnancia, rindióse Javier á este dictamen, y pareció ante el rey de Bungo con muy buenos vestidos y rodeado de los portugueses, que le formaron brillante acompañamiento (1).

Recibióle el rey con suma distinción; oyó la doctrina del Evangelio; manifestó estimarla debidamente, y concibió sincero amor al hombre extraordinario que se la enseñaba. Durante mes y medio tuvo todos los días un rato de conversación con el Padre, y aunque por entonces no abrazó nuestra santa fe, pero apartóse de los vicios en que vivía encenagado, y veintisiete años después, en 1578, se convirtió por fin de lleno, y al bautizarse tomó el nombre de Francisco en reverencia de Javier. Éste, entretanto, con el favor del rey, con las victorias que consiguió disputando con los bonzos, con sus sermones al pueblo y con la fuerza de sus milagros, formó en Bungo una lucida cristiandad, que por mucho tiempo fué la más floreciente del Japón (2). De buen grado hubiera proseguido en tan fructuosas tareas; pero desde la India le apremiaban á que volviese, y la expedición á la China, que ya bullía en su cabeza, le incitaba también á tornar al centro de sus operaciones. Habiendo, pues, pasado en el Japón dos años y tres meses, salió para la India en el otoño de 1551, y en Febrero de 1552 estaba ya en Goa.

9. Muy necesaria era allí su presencia, pues el genio díscolo de algunos jesuitas había producido graves disgustos. Enterado Javier de aquellas faltas, castigó severamente á algunos, y expulsó á otros de la Compañía. Entre éstos, el caso más ruidoso fué el del P. Antonio Gómez, rector del colegio de Goa. Este hombre, dotado de mucho talento, no sabía juntarlo con la humildad y obediencia religiosa. El colegio de San Pablo había sido fundado para educar niños indíge-

(1) El P. Valignano (*Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 129) pone esta célebre recepción en Amanguchi, y la omite en Bungo. Probable es que se hiciera en ambas partes, pues la razón de hacerla era en ambas partes la misma.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 691. Aquí están las pocas noticias que da Javier sobre Bungo. Véase en la p. 140 la relación más extensa, aunque imperfecta, del P. Valignano.